

Carlos Villafañe

Por Horacio Bejarano Díaz

Entre los contertulios de **La Gruta Simbólica** el nombre de Carlos Villafañe debe ser recordado como poeta del amor y del paisaje y como cronista regocijado, que supo comentar con chiste de buena ley los sucesos diarios de toda una época de la vida bogotana.

Nacido en el Valle del Cauca, forma con Ricardo Nieto, Alberto y Mario Carvajal, Gilberto Garrido, Isaias Gamboa y Cornelio Hispano la constelación luminosa de los grandes cantores del paisaje nativo, el mismo que sublimó Isaacs como escenario de su idilio y que por la riqueza de toda suerte de sensaciones ha servido de motivo siempre antiguo y siempre nuevo para la emoción lírica.

La obra poética de Carlos Villafañe anduvo dispersa en periódicos y revistas hasta 1943, año en que fue coleccionada en un volumen, cuya lectura nos trae el convencimiento de que Villafañe consueña con la sensibilidad poética de toda una generación, por la emoción de sus versos, la universalidad de los temas y la manera peculiar de sentir y pintar la naturaleza.

El libro de Villafañe está dividido en cuatro partes: "**De otros tiempos**"; "**Elegías**"; "**Poesía y Paisaje**" y "**Poemas Ligeros**". Su versificación es tradicional, sus tendencias estéticas oscilan entre el romanticismo y el simbolismo, predominando el primero; sus temas, el amor, el paisaje y la añoranza, su expresión descuidada a veces.

Se abre el libro con un soneto **Vía Dolorosa** en que el dolor inmenso por la muerte de la amada parece refugiarse en la filosófica resignación ante lo irremediable:

Yo mismo la enterré, yo mismo un día
cerré sus ojos a la luz terrena
y enjugué de su frente de azucena
el lívido sudor de la agonía.

Es un recuerdo blanco: todavía
la nombro en el silencio de mi pena;
descanse en el Señor... Si era tan buena!
duerma en mi corazón... Si era tan mía!

Ojos y boca y manos ilusorias,
todo bajo las sábanas mortuorias
quedó como una lámpara extinguida,

y yo de mi locura bajo el peso
le puse el alma en el dolor de un beso
y a duras penas me quedó la vida!

Al soneto anterior que es de lo mejor de nuestra poesía, acompañan otros en la primera parte del libro que vienen a ser como la repetición del mismo motivo de soledad y amargura.

En **Alma de Otoño** se duele por lo que se ha ido y también por lo que nunca habrá de llegar:

Alma: no sé lo que te pasa; a veces,
pienso que en el horror de esta jornada,
agotado tu vino hasta las heces,
nada columbras a lo lejos, nada.

Extinto el rayo de tu luz, a cada
minuto, más extraña me pareces
y más tu sueño y tu abandono meces
al viento estéril de la edad pasada.

Alma: ya tu ilusión no es de este mundo
ni hay para tí una tabla en el profundo
piélago incierto que la noche ciega;

Sólo ves en tu oscura lontananza
la tristeza de amar sin esperanza
y el dolor de aguardar lo que no llega!

En **Día de Diciembre**, el paisaje primaveral lleno de luz, de color y de aromas en vez de penetrar en su alma para saturarla de alegría, le infunde el dolor amargo de la ausencia:

Este sol, este cielo y este día
y estos árboles plenos de verdura
y esta mañana azul y esta llanura
en donde Dios enciende su alegría.

Estos campos en flor y esta ardentía
del sol primaveral y la dulzura
de la campana que en la tarde pura
deshoja en blanda voz l' Ave María.

Todo está como ayer, todo la nombra:
el árbol fértil de tupida sombra,
la misma luna con la misma estrella,

y bajo el sueño de los verdes sauces
el agua azul en los floridos cauces
también la nombra... pero falta Ella!

En el soneto **Nada** vuelve sobre el tema de su duelo, con imágenes que dan la sensación plástica de cósmica desolación:

Nada me queda del ayer florido,
nada retoña en mi jardín y siento
la tristeza del árbol carcomido
sin hojas y sin savia y sin aliento.

El ave infausta de remoto olvido
llegó a mis puertas y graznó su acento
y el ruiseñor que me endulzó el oído
dejó la jaula y se perdió en el viento.

Hoy ya mi corazón es como un sauce
que en el árido soplo del verano
inclina a veces su ramaje umbrío.

Sobre la sed monótona del cauce
por donde en otro tiempo, ya lejano,
pasó la dulce claridad del río...!

Y como una síntesis de lo que fue en su vida, en la que se entrelazaron dos personalidades contradictorias, **Olvidanza** nos muestra su drama interior:

Ya fuí y volví. Ya vengo del olvido
con más años y menos alegrías
y en un puñado de cenizas frías
sólo traigo un carbón medio encendido.

Con la jornada del ayer vencido,
en el silencio de las noches mías
siento que el horologio de mis días
va perdiendo su luz y su sentido.

Vivo al dolor y muerto a la esperanza,
de una mujer columbro la olvidanza
que al fin de cada sol sale a mi encuentro,

y tengo que sufrir quiera o no quiera,
la farsa inútil de reír por fuera,
y el hondo agravio de llorar por dentro!

En la segunda parte de su libro, como en la primera, Villafañe es esencialmente un poeta elegíaco; su obra no toca lo presente sino como referencia a las vivencias pasadas; a la luz del recuerdo, que siempre es suave y amable, el poeta mira todas las cosas: el amor, el paisaje y la complicación de su mundo interior; y así unas veces los versos son notas blandas de esperanza llenas de extrañas armonías y otras arpegios acres de desconsuelo ante lo ineluctable.

La parte del libro de Villafañe dedicada a cantar el Valle del Cauca es, a nuestro juicio, lo principal y mejor de él. Con mano maestra de acuarelista dibuja el poeta su paisaje; con emoción de artista pone en él algo de su personalidad, mucho de su propia alma. En casi

todos los poemas de esta tercera parte de su obra hay una tendencia casi inconsciente de volver hacia el pasado, sobre todo a la evocación de su niñez.

El Valle con su río familiar, la llanura, donde bajo las ceibas, cámbulos y guásimos descansan a la siesta las vacadas; el sol urente que traza su parábola diaria por un cielo sin nubes; las cordilleras que al oriente y al ocaso elevan sus testas fatigosamente como si sostuvieran el peso de los cielos; el volar infatigable de garzas y coclís, los rumores misteriosos de las selvas, el monorrítmico cantar de cigarras y grillos, el sonido de campanas pueblerinas y el sencillo compás de guitarras y dulzainas al caer de la tarde o en las horas de la noche; el soplar de la brisa aromada con el perfume de las múltiples flores, de las piñuelas en sazón o de la miel que se cuece en los trapiches; la luz de la luna que traza sus filigranas bajo los árboles y tras de las enredaderas; los cantos oídos bajo las naves de la iglesia parroquial entre aromas de incienso y murmullo de oraciones; todo esto y algo más desfila en mágica teoría en los versos dedicados a cantar su "tierra del alma" por Villafañe.

Veamos algunas sensaciones nocturnales:

El pueblo está dormido en una paz profunda,
la noche en un silencio beatífico lo inunda;
apenas si en el fondo de la plaza tranquila
conversa a medias voces el agua de la pila;
en el reposo oscuro del quieto vecindario
alarga sus aullidos un perro visionario.
(Emociones Rurales)

Esta noche la luna sobre el pueblo desata
los hilos encantados de su rueca de plata;
la luna abre sus claros jardines de azucena
y con su gaza nívea los horizontes llena;
florece en los caminos, traspasa el intersticio
y en todo va dejando su blanco maleficio.
(Interlunio)

Las campanas que de niño oyó persiguen con sus sonos encantados al poeta:

Mañana del domingo, luminosa,
más alegre que todas las mañanas;
(se me abre el corazón como una rosa
al férvido clamor de las campanas!)
(El Valle del Cauca)

Quiero la voz del viejo campanario
de mi lugar, la voz de lo que es mío
todo lo que es amor, lo que es recuerdo,
campanas de recuerdos no olvidados,
bronces que hayan llorado por mis muertos!
(Poemas Breves)

Es que a lo lejos vibra la campana
del ángelus y vibra de tal suerte,
que oyéndola el espíritu desgrana
su rosario en la vida y en la muerte.

(Emoción del Campo)

Oh voz de las campanas provinciales
—aves sagradas de armonioso trino—
que ríen en las fiestas parroquiales
y lloran cuando muere algún vecino.

Conmigo van vuestros repiques claros
y vuestro funeral; bendita sea
vuestra argentina voz; cómo olvidaros
campanas parlanchinas de la aldea.

(Tierra del Alma)

La mañana del domingo vuelve a la memoria del poeta aureo-
lada con ese no se qué de luminoso y alegre que para quienes han na-
cido en provincia tiene tal día:

El cielo azul. Por todos los caminos
del terruño natal llegan de lejos
a caballo y a pie los campesinos
que alegran el lugar, mozos y viejos.

Y las mujeres pálidas, las buenas
muchachas, tan ingenuas, tan sencillas
de negros ojos y de carnes plenas
que florecen del Cauca en las orillas.

Afluyen con espíritu ferviente
a oír la misa y el sermón del Cura
y ya en la tarde con el sol poniente
vuelven al centro de su vida oscura.

(El Valle del Cauca)

El crepúsculo guarda para Villafañe todas las sugerencias de
que fue capaz su temperamento romántico:

La tarde —gris y púrpura— armonía
que florece en el margen de mis años;
dulzaina de mortal melancolía;
fuente que reza; bíblicos rebaños
hacia el aprisco en el morir del día!

(Días de Montaña)

Y mientras el paisaje va borrando
sus tonos en el gris de la penumbra
pasa un rumor muy blando
que a una paz infinita el alma encumbra.

En el silencio azul muere la tarde,
muere y se va como se va la vida,

y en el oro del sol que apenas arde
alza la ceiba en silencioso alarde
el blasón de su testa encanecida!

(Emoción del Campo)

El sol, tras de la estática arboleda
su disco rayo en el azul perfila
como farola de papel de seda
que en la pantalla del poniente oscila.

En los árboles grávidos enreda
roja vislumbre el sol de los venados
y en el límite azul densa humareda
envuelve los paisajes desolados...

(Verano)

Tardes caucanas, tardes luminosas,
en que como un pintor de experta mano
se pone el sol a coronar de rosas
la testa gris del farallón lejano.

Crepúsculos de seda; parda grulla
que regresa en la tarde mortecina
al árbol familiar; río que arrulla
el silencio del pueblo, a la sordina.

(Tierra del Alma)

Las mañanas en los poemas terrígenos de Villafañe son siempre azules, embriagadas de luz y de esperanza o plenas de recuerdos:

Oh! florida humildad de las mañanas
del terruño natal; cálido viento
de mi Valle feliz, que como un cuento
infantil me recuerda mis campanas.

(El Valle del Cauca)

Caminar, caminar, ver el camino
que sobre el flanco azul de la montaña
serpentea, mirar cómo la niebla
surge en la hondonada silenciosa
y se borra después como un ensueño
en el oro del sol, mientras el río
refleja en sus efímeros cristales
todo el paisaje, toda la alegría
de la mañana azul.

(Poemas Breves)

Su nombre es una música lejana
en mi vida. Quizá ya no recuerde
que cuando el alma azul de la mañana
abrió sobre nosotros su ventana
juntos cruzamos por el campo verde.

(Días de la Montaña)

Patio lleno de flores que engalana
con su fresco verdor la platanera,
tú has visto, al despuntar de la mañana
cómo la hornilla del trapiche ufana
el campo con el rojo de su hoguera.

(El Valle del Cauca)

Pero es la hora del medio día, la de las extrañas laxitudes,
cuando el sol abraza con sus rayos todas las cosas, la que halló su mejor expresión en el poema **Tierra Caliente**:

Abajo en la hondonada suena el río
y el agua tumultuosa reverbera
bajo el rayo del sol; muestra el plantío
su gran fecundidad en la ribera.

La testa de la roca milenaria
soporta el puente que el calor chamusca
y la sombra de la ceiba hospitalaria.

.....

En la rama de un guásimo vegueño
la invisible, la lírica cigarra
con un acento de pereza y sueño
pulsa su monorrítmica guitarra.

Sube el calor! hay opio en el ambiente
quemado el rostro, al arder, la resolana.

.....

Tierra caliente: luz, calor, sonido,
aquí un písamo audaz, allá una palma,
a través de los años y el olvido
como te voy sacando parecido
con mi "tierra del alma".

En otros poemas, esta misma hora caracterizada en el Valle por el bochorno que se difunde como morfina por todas las potencias, halla una manera no por sentida menos original para manifestarse:

Bajo el ala de un ceibo frondoso
la vacada sombreándose está
entre el tórrido ardor de la tarde
y el aire que huele a "pará".

(El Valle del Cauca)

Fiebre y fatiga y sequedad profunda
en la planta, en el árbol y en el cauce
donde inclina la rama sitibunda
en largo sueño la quietud del sauce.

(Verano)

Encontramos dentro de esta poesía que Villaña dedicó a glo-

rificar su tierra brochazos maestros que aunan a veces la emoción interior con el paisaje largamente visto y amorosamente recordado:

...Oh! lóbrego nirvana del pueblo adormilado
como en algún silencio que viene del pasado!
(Emociones Rurales)

...Oh! visión de las épocas pasadas
oh virtud de las cosas pueblerinas!
al cielo sube en hélices pausadas
el humo de las rústicas cocinas!
(El Valle del Cauca)

...En la rama de un cámbulo sangriento
un girón de crepúsculo se engarza
mientras raya en los ámbitos del viento
la ondulación volátil de una garza.
(Garzas del Crepúsculo)

...Eucarística garza de nieve
color de azahar,
a la orilla del agua dormida
se pone la pobre a pensar...
(Egloga)

Tierra de amor y paz; montes ufanos
de flores, nidos y verdor; falanjes
de garzas vespertinas; luengos llanos
que fulgen cual si en ellos bravas manos
exprimiesen inúmeros alfanges.
(Tierra del Alma)

En el grupo de "**Poemas Ligeros**", últimos del libro de Villafañe, se encuentran algunos cuyo contenido es verdaderamente trascendental; aquí el arpa del amor parece desprovista de algunos de sus sonos o se oye desafinada como instrumento que por falta de uso ha perdido su virtud armónica; el paisaje apenas si se deja entrever y la misma añoranza pasa a segundo plano. Estos "**Poemas Ligeros**" se ocupan más que todo de la fugacidad del tiempo, de lo vano de la existencia y de la certeza de la muerte. La mayoría parecen haber sido escritos cuando ya empezaba a nevar la cabeza del poeta y en ellos se adivina esa visión serena y sin mirajes de quien ha cruzado por todos los caminos hasta llegar a la suprema verdad.

La Síntesis marca la dirección emocional de Villafañe en los poemas mencionados:

Hombre, sombra fugaz, desde que naces
principias a llorar y sube y baja
tu corriente interior y esto es la síntesis:
llanto, pena, dolor, cirio y mortaja.

Sombras es una serie de poemas cortos por el estilo del que sigue:

Yo no sé qué será, pero me enfada
el corazón, fugaz como las rosas,
por la mañana quiere muchas cosas
y por la tarde... ya no quiere nada.

El reloj con su continuo moverse de su péndulo le trae pensamientos como este:

Para el vaivén de mi esperanza trunca
y al caer el silencio vespertino
eres el "siempre" y el "jamás" y el "nunca"
que sangran a la vera del camino.

La realidad del tiempo dentro del alma humana lo sobrecoge de angustia al mirar el calendario de hojas movibles que pende del muro:

Van cayendo los días como flores
de un rosal de ilusión que se deshoja,
y los días que han muerto son mejores
que el que enseña el número en la hoja.

(El Calendario)

El misterio de la muerte le inspira esta estrofa llena de símiles:

Noche sobre la cual no se levanta
aurora alguna en la profunda tierra,
agua donde la estrella del olvido
moja sus ojos y sus rayos quiebra
viaje espectral, sin agua y sin retorno
y sueño del que nunca se despierta!

(Más allá)

En el poema de **Paso por la Vida** engarza las siguientes estrofas llenas de sana filosofía:

Con la vida voy en paz
sin peligro de engañarme,
pues nunca le pido más
de lo que ella quiera darme.

Soñador no me atormenta
el oro de entraña fría;
mi humanidad se contenta
con el pan de cada día!

No es rico precisamente
quien por oro se hace loco
sino el que rico se siente
conformándose con poco!

Para finalizar, veamos una muestra de las crónicas, con que Villafañe, bajo el seudónimo de Tic-Tac, regocijaba al público lector hace cuarenta años.

Refiriéndose a un sucedido en la Cámara de Representantes de 1928, en el que fueron actores los padres de la patria Próspero Márquez y Pedro Juan Navarro, quien por haber tratado de “viejo” a Márquez casi tuvo qué recibir “un manotón de puño y letra” del representante de Ramiriquí, comenta Villafañe:

“La vejez ofensiva” para todo bípedo implume es otra. Es aquella de que habla Voltaire y que nos va eliminando en detalles. Esa vejez lenta, cuasi insensible, trémula y penumbrosa, que nos va quitando el pelo, los dientes, las corvas, el oído, la vista y muchos otros componentes de la vida fisiológica. Esa es la vejez “terminante”, la que nos envuelve en el frío neblinoso de las últimas jornadas terrenales y nos cambia los itinerarios de la mañana por los éxodos melancólicos de la tarde y de la noche.

“Es posible que el agredido hubiera tomado el vocablillo como un ataque directo a su “hombria de bien” en algunos sectores de la inhumana actividad. Y posible también que el próspero político se hubiese sentido en el momento psicológico o en el “momento musical” un varón consular de la República de Venus, un hombre en ejercicio pleno de sus facultades legales y constitucionales y de su facultad de “derecho” y ciencias eróticas. Y en ese caso, ya uno se explica la actitud reivindicadora del magnate electoral y parlamentario de Boyacá.

“De lo contrario, nos habría causado asombro esa radioagresividad del doctor Márquez ante el “epíteto” que Navarro hubo de endilgarle en la Cámara ardiente.

“Porque el señor Márquez es un hombre ecuánime, sereno, manual, que quiere decir “humano”, y benévolo en todas formas: lo esencial, en lo político, en lo eleccionario, en lo parlamentario, y en lo mucho que abarca y comprende su jurisdicción de hombre de Estado y de partido, de “partido conservador”, se entiende.

“Antier no más le vimos en un Restaurant, al borde de una mesa muy animada, aperitalándose con unos wiskys y unos coñaques de órdago. Lo acompañaban tres jóvenes conserveros boyacenses y con ellos departía sobre política “próxima”, en Boyacá (elecciones de representantes).

“Próspero hablaba, sonreía, levantaba el índice de su diestra tan diestra en la política. Los jóvenes le oían con atención y con mucho “gusto de oirlo”. Y el jefe boyacense, cada instante poníase más rozagante que de costumbre y más risueño que siempre y cuando. Es una cosa emocionante y estupefaciente ver sonreír a un político boyacense.

“Un hombre como el susoaludido Próspero no es un viejo ni un sorbete de guanábana, ni un postre de natas para que “se lo vayan sirviendo” así no más y por razón de antojo.

“El único aflojón que ha “pegado” Próspero en sus últimos reuelos hegemónicos es el de haberse iracundiado o iracundido porque le hubieran dicho “viejo”.

“Hay que distinguir: una cosa es la vejez y otra cosa es la “viejera”. La viejera es una fatiga anticipada, una “imposibilidad” que se adelanta, un “no poder” que llega cuando todavía el sol no se ha

recogido y quedan en las alforjas unos cuantos proyectiles, unas cuantas municiones.

“La vejez es otra cosa. Es un mandato, una ley de las cosas y de los seres, una rotación imperativa de la especie, un azar biológico cuya dinámica escapa a la ignorancia enciclopédica del hombre.

“La vejez no es una retirada en orden: es una desbandada. Y envejecer es morir poco a poco. La vida del hombre es como el cirio que alumbra en el altar: desde que lo encienden empieza a eliminarse; desde que nace empieza a morir...

“La vida es así y la muerte también. Y navegar en la corriente de las Leyes de la Naturaleza, no es una cosa que debe exasperarnos.

“Además, querido Próspero y amigo: los hombres tenemos un consuelo en esto de llegar a los valles penumbrosos y espasmódicos de la ancianidad.

“Y oiga usted, amable jefe y distinguido elector máximo:

“Una vieja ochentona dijo un día a un su compadre, viejo también y abocado al octogenario:

“Qué trabajo es ser viejo compadre?”

“Y el viejo respondió ipso: “Sí, comadre, pero peor que ser viejo es ser vieja”.